

bastante concluyente la refutacion del P. Lambert; puesto que él ha tomado por su cuenta otra. Podemos ya dudar que este nuevo esfuerzo del mismo partido sea mas afortunado que el precedente.

Advertiremos, en primer lugar, que M. S... adopta un método mas cómodo que demostrativo. Su pretension no es refutar las *Memorias*, tomándolas en globo. Limitase á examinar un muy reducido número de hechos, segun él, falsos y calumniosos, y se apresura á concluir que el resto de la obra no merece creencia alguna. Mas aun cuando fuese cierto que el autor de las *Memorias* se hubiese equivocado en la relacion de tres ó cuatro hechos, ¿podria deducirse de aquí que hubiese incurrido igualmente en error por lo que toca á tantos otros que trae? Una induccion tan general no nos pareceria muy lógica. Descendamos á los pormenores.

La primera falta del autor de las *Memorias* es, segun M. S..., no haber hablado con bastante respeto de Arnauld y de la *Moral práctica*. Él ha dado á entender que el doctor pudo muy bien ser impelido por su odio contra los Jesuitas, hasta el caso de referir de ellos cosas no probadas y que la *Moral práctica* no era de ningun modo una fuente muy segura ni una autoridad muy respetable. Y el celo de M. S... se levanta contra semejantes asertos. ¡Despreciar la *Moral práctica*, ese

libro precioso que se halla en todas las bibliotecas, y con el cual todos los hombres de bien forman sus delicias...; qué odioso proceder! ¿Cuánto se desacredita un escritor buscando mancillar un libro tan recomendable, tan util, y tan generalmente leído y estimado? Muy particularmente grato le es este libro á M. S..., cuya robusta fe adopta todos los cuentos que hay en él. Le damos la enhorabuena. En cuanto á nosotros ¿cual es nuestro crimen? No haber especificado bastante que solo los dos primeros volúmenes fueron señalados, censurados por la Sorbona, y condenados á las llamas por el Parlamento de París: no haber dicho que estas condenas fueron, como está claro, efecto de las intrigas de los Jesuitas, y una sorpresa hecha á la autoridad, y que así en el fondo no probaban nada; no haber añadido en fin que el silencio guardado por Roma acerca de los últimos volúmenes, es una demostracion victoriosa en su favor. Porque es muy patente que, cuando Roma condena los escritos de estos hombres, lo hace en virtud de la prevencion de sus enemigos, y cuando no los condena no lo hace por ser bastante discreta en aprobarlos. De esta suerte, que hable ó no, esos señores tienen siempre razon. Este razonamiento no tiene réplica, y nosotros nos proponemos desde ahora desarrollarlo mejor en otra edi-

cion, y demostrar que la *Moral práctica* es un libro de oro, el cual nunca jamás se recomendará ni esparcirá bastante.

La segunda falta del autor de las *Memorias* es todavía mas grave que la primera. Él se ha atrevido á tocar el arca; ha faltado el respeto al Puerto Real, y ha presentado esta casa como un lugar de reunion, donde se esparcian escritos, se concertaban medidas, y se atizaba el fuego de la division. Y la gloria de este santo lugar interesa demasiado á M. S... para que cese de reclamar contra estas acusaciones: Hasta nos provoca á que le citemos un libro solamente impreso en Puerto Real. Mas, en primer lugar, no hemos dicho que se imprimiese allí ninguno sino que *salían de allí algunos escritos*; lo que significa, á lo que parece, que se distribuían en dicho punto, y nos permitirá que así lo creamos. Niega tambien las reuniones por cuanto, dice, habian sido dispersos antes los solitarios, y que ya eran casi todos muertos. Segun él apenas quedaban tres ó cuatro. Nosotros podriamos nombrarle muchos mas; puesto que no hemos hablado solamente de los solitarios de Puerto Real, sino tambien de los celosos amigos de esta casa, de aquellos que conservaban aun su espíritu. En 1709 habia aun un gran número*; muchos de estos no estaban muy distantes, y

* Carlos la Grange y Nicolas Fontaine murieron en este año; mas

podian reunirse allí con bastante facilidad. Esta casa inspiraba á sus partidarios mucho interes; de aquí tantas quejas cuando se destruyó: de aquí esas *Historias de Puerto Real*, esas *Memorias de Puerto Real*, esos *Sollozos de Puerto Real*: de aquí esas peregrinaciones que se hacian á sus ruinas, peregrinaciones que hasta se verificaban en época mas posterior. Desde la última Pascua, escribíase en 1733, *las romerías á Puerto Real se han hecho con especialidad muy mas frecuentes. Hanse encontrado en él á la vez mas de ochenta ó cien personas de Paris... Un dia hubo un concurso de mas de trescientas personas. Recogieron huesos, tierra, y hasta yerbas...* (*Noticias eclesiásticas del 20 de mayo 1733.*) Y aquí no citamos á M. S... sino autoridades que le merecen su concepto. Ahora bien, si cuando esta casa estaba ya arruinada iban á ella de todas partes tantas gentes, con mucha mayor razon debian ir cuando subsistia. *Los adherentes de Puerto Real*, dice un escritor moderno que ha deplorado tambien su ruina, *formaron constantemente una familia dispersa, pero cuyos lazos invisibles se fortificaron por la persecucion que se les declaró... Bajo el punto de vista político*

el abogado Lambert, Duvaucel, Treuvé, Huré, Thierry de Viaixnes, le Brun Desmarettes, Hecquet, Blondel, Innes, etc., etc., eran otros tantos amigos de Puerto Real.

se los puede citar como precursores de la revolución... Diversos literatos atribuyen á un adherente de Puerto Real el famoso libro anónimo que pareció hácia fines del siglo XVII: los Votos de un patriota, ó Suspiros de la Francia que aspira á su libertad. El mismo autor indica todavía el Catecismo sobre la Iglesia para los tiempos de agitaciones, redactado, dice, por un amigo de Puerto Real. Y añade mas lejos: La escuela de Puerto Real fué la que, dirigiendo los esfuerzos concertados de la magistratura y de la porcion mas sana (segun él) del clero, opuso una doble barrera á las invasiones del despotismo político y del despotismo ultramontano*. Nosotros no habíamos dicho tanto. Mucho sentimiento que, olvidándose aquí M. S... de la moderación que parecia haberse prescrito, se haya aproximado un poco al tono del P. Lambert, y haya recogido algunos de los dicitos de que se mostró el buen padre bastante pródigo. Todavía le llevaremos esta ventaja á saber, la de no llamarle *declamador ridiculo* ni un *calumniador impertinente*. Quejaremos únicamente de que no haya podido defender á Arnauld y Puerto Real, sin emplear algunos de esos términos que *considera fuertes el mundo*, y que hombres tan caritativos no sepan dominarse mas.

* Las Ruinas de Puerto Real, en 1809, por M. Gregoire.

La tercera falta que achaca á las *Memorias M. S.* es la relacion de los hechos que acarrearón la constitucion *Unigenitus*. Aféctase asombrado de que el autor no se haya servido mas tiempo del *diario de Dorsanne*, fuente segura, ó nada sospechosa, como de las *Memorias de Saint-Simon*, de quien nadie contesta la rígida imparcialidad. Las demas autoridades que añade á tan imponentes testimonios, son las *Memorias de Duclos y de Marmontel*, copiadas, como es notorio por Saint-Simon, las cuales refieren estas disputas de una manera tan exacta, tan comedida, tan discreta. ¿Y cómo puede un hombre, por poco juicioso que sea, hacernos un crimen de no haber seguido ciegamente las huellas de historiadores tan ligeros y prevenidos? ¿Puede acaso ignorar que Saint-Simon divulga una multitud de anecdotillas que circulaban por Versalles, cuya mayor parte no prueban sino su credulidad puesto que no las inventa él? ¿Acaso no cuenta como un hecho averiguado el casamiento del cardenal Dubois, novela, cuya falsedad ha sido ya reconocida por los mas imparciales modernos? ¿Sus mismos editores, no han confesado su caracter rencoroso y satírico, que le arrastraba á murmurar de todo el mundo y á adoptar para ello las fábulas mas ridiculas? El mismo Duclos que le abasteció de tantas anecdotillas ¿no se ha dado á conocer por

su causticidad, por su inclinacion al epigrama y su ahinco en acoger los rasgos mordientes? Si tales son las autoridades de M. S. se las abandonamos á su voluntad de muy buena gana. Agrádanle las anécdotas, mientras que nosotros desconfiamos de ellas grandemente. Él intenta *divertir al lector* (pág. 28), nosotros creemos mas util instruirle. Nunca un autor grave da tanta importancia á estos propósitos, á estos rumores, á esas epigramas que son tan propios para divertir la ociosidad maligna, como para persuadir la incredulidad é irreligion. Ya lo hemos dicho en otra parte, no es en semejantes autoridades que se apoya esta historia ni nuestras relaciones.

Mas he aquí que nos va á poner en forma. M. S. ha consultado los archivos romanos, trasportados en París algunos años hace. *Diriase* (es M. S. el que habla), *que estos archivos no han sido trasladados á Soubise* sino para abastecerle todo lo que se pueda desear en materia de pruebas.* ¡Admirable atencion de la Providencia que no ha permitido esta traslacion sino para facilitar á M. S. los medios de confundirnos! puesto que las pruebas que resultan de estos archivos son perentorias: *son porrazos de los cuales uno no se levanta.* A la verdad, es

* *Hôtel Soubise*, donde están depositados los archivos.

necesario confesarlo, no hemos podido evitarnos algun susto, leyendo estas amenazas, y hemos empezado la lectura de estos documentos con una penosa ansiedad. Pero ¿qué hemos hallado en ellos? Dos cartas de un capuchino, el P. Timoteo de la Fleche, obispo que fué despues de Beryte, y otras dos del P. le Tellier. ¿Y qué nos dicen en sustancia estas dos cartas? que el P. le Tellier escribia á Roma para representar la necesidad de una bula contra las *Reflexiones morales*, y que él trabajaba en Francia para que fuere allí bien recibida. Ahora bien ¿qué hay aquí de deshonroso para la corte de Roma y para él? ¿Acaso el mismo Bossuet no solicitó tambien largo tiempo y con ahinco un breve contra el libro de Fenelon? ¿Y le acusa de otra cosa M. S.? ¿Por qué halla digno de reprobacion en uno lo que alabaria en otro? ¿Y los aires de triunfo que afecta despues de esto no son un poco ridiculos? *Seria curioso*, añade, *saber lo que el autor de las Memorias replicaria á tales pruebas.* Gustaremos de satisfacer su curiosidad; y es que las tales pruebas no nos han aclarado nada. Ya sabiamos tan bien como él que el P. le Tellier habia podido instruir al Papa acerca de lo que estaba pasando en Francia. Mas de que le Tellier escribiese á Roma para demandar una bula, concluir como lo hacen algunos historiadores y con ellos M. S., que aquel

dictó la bula; que *puso sus pies en la garganta del Papa*, para servirme de una noble espresion de esos señores; que exigió imperiosamente la condena de mas de cien proposiciones; y que en fin Clemente XI manifestó sus quejas á M. Amelot, no son sino ridículas hablillas que solamente pueden dejar de ser repugnantes á aquellos cuyas prevenciones favorecen. Con análogo fundamento pudiera decirse que Bossuet *puso sus pies en la garganta de Inocencio XII*, para obligarle á dar el breve contra Fenelon; por cuanto ciertamente que este sabio prelado metió mas celo en hacer condenar la *Explicacion de las máximas de los santos*, que le Tellier en obtener la bula contra las *Reflexiones morales*, las que por otra parte, como no debe ignorarlo M. S., habian sido ya condenadas en 1708, antes que le Tellier interviniere en el asunto. Esta sola observacion destruye toda la afectada importancia que nuestro crítico da á sus grandes descubrimientos y terribles pruebas.

Mas M. S. recurre todavía á los archivos pontificios para relatar lo que aconteció en Roma y en Francia, con respecto á la misma bula; pero sus investigaciones, en vez de apoyar su sistema se lo destruyen. Porque, segun las mismas noticias que nos trasmite, se echa de ver con qué lentitud, con qué madurez se procedia en Roma en el examen de

las proposiciones extractadas del libro de Quesnel. Refiérenos él mismo que hubo, en primer lugar, ciento cincuenta y cinco proposiciones sometidas á examen; que el primer examen se empezó en el 1º de Junio de 1712, que el Papa estableció en seguida nuevas congregaciones; que empezaron ocho consultores su trabajo á principios de 1713, que fueron convocados seis cardenales, que el mismo Clemente XI hizo el extracto de las opiniones de los consultores, añadiéndoles sus aclaraciones y observaciones; y que terminó cada proposicion con una nota escrita tambien de su mano y enunciando su parecer. Semejante trabajo patentiza que este pontífice no obró en tal ocasion, ni por un impulso extraño, ni por ninguno de los motivos ridículos que le han atribuido sus contrarios; y es menester dar las gracias á M. S. por habernos hecho conocer el cuidado, atencion y asiduidad con que Clemente XI tratara dicho negocio. Tambien pretende sacar un gran partido de una memoria remitida al Papa en Abril de 1717, donde se habla de la acogida que habia recibido en Francia la bula. Esta memoria se espresa en efecto, á poca diferencia, como hubiere podido hacerlo Dorsanne ó Villefore. Pero ¿qué significa? Nada, como no sea la opinion del que la habia redactado, tal vez del P. Laborde, ó del abate Chevalier

quienes se hallaban á la sazón en Roma, enviados allí por los opositores y recibieron poco tiempo despues la órden de salir. No tiene nada de estraño que esta memoria presente el mismo tono que los demas libelos de los apelantes, puesto que derivaba del mismo partido; y de que se haya encontrado en los archivos de Roma no debe deducirse otra cosa sino que se conservan en ellos todos los documentos, sea cual fuere el sentido en que fueren redactados, como efectivamente se suele hacer así en todos los archivos.

M. S. pues, se apresuró demasiado en cantar victoria. Su *clava* no es la de Hércules, y sus demostraciones no persuadirán á nadie sino á él. Por fin, llegamos á la última reconvencion que nos ha hecho. En cuanto al golpe nos ha cogido *in fraganti*. Habiamos dicho que Clemente XI *habia ofrecido al cardenal de Noailles calmar sus escrúpulos, dándole sobre la bula las esplicaciones que él pudiese desear*. Nuestro crítico levanta el grito contra esta asercion, como si fuese una falsedad patente y una invencion ridícula. Pero en tal caso, no somos nosotros quien la ha inventado; refiérela un escritor contemporáneo, un obispo empleado en las negociaciones de estos tiempos. A la verdad, y lo sentimos por lo que nos atañe nuestro rubor, este obispo es un Jesuita cuyo testimonio no pare-

cerá de gran nota á M. S.; puesto que á sus ojos un hombre con *tal sayo* no merece confianza. Sin embargo, ya que nos da por tan válidos á su Dorsanne y Villefore, será menester que nos permita citarle por una sola vez á M. Lafitau. Hallará el hecho en cuestion en la *Refutacion de las anécdotas* por este prelado, tomo Iº pág. 54 y 55.

Lo restante del folleto versa sobre reprehensiones mas vagas todavía, é igualmente tan bien fundadas. Termínase por una conclusion, en la cual, temiendo ese hombre juicioso y encelado que lo que hemos dicho acerca de la filosofía sirviese para desengañar á algunos incrédulos, pone particular cuidado en abastecerlos de razones para conjurar un resultado tan desagradable y huir el cuerpo á los hechos que hemos alegado contra ellos. Debe en verdad aplaudirse de la sabiduría, discrecion y sanas intenciones de tan caritativo cristiano.

Tal vez hemos dado demasiada importancia a este folleto. Mas si no hubiésemos respondido, sin duda se hubiera lisonjeado el autor de que nos habia reducido al silencio, y hemos querido privarle hasta de este recursos, así verá que no hemos concluido el combate. Él ha empleado mas de ocho años para refutarnos, nosotros le hemos respondido al cabo de cuatro meses. No es esto rehusar

el reto; solamente le encarecemos que otra vez se apesure un poquito mas. Ya estaba impresa el primer volumen de nuestra nueva edicion, cuando pareció su folleto. Despues supimos por cierto rumor que él habia añadido aun alguna cosa, donde se fatiga, repitiendo contra los Jesuitas todo lo que ya habian agotado sus antecesores. Hemos mandado á buscar esta adición en casa del librero y no la hemos podido obtener. Por otra parte creemos que no debemos lamentarnos de esta falta, puesto que el libro no hubiera contenido probablemente mas que lo que se halla sobre el particular en otras cien obras, y nos hubiese citado como irrefragables autoridades, la *Moral práctica*, las *Noticias eclesiásticas*, á Coudrette, á Platel y á otros escritores del mismo cuño, tan célebres por su sabiduría como por su moderacion. Nada envidiamos por cierto á M. S. ni sus sufragios, ni sus garantes, y nos apresuramos en dar fin á estas discusiones, descendiendo á nuestro objeto. Unicamente haremos advertir, concluyendo, que nuestras *Memorias* no han sido atacadas sino con respecto á cierto género de hechos, no habiendo sido contestadas ni la parte filosófica ni otras relaciones que encierran; de todo lo cual se deduce que la mas importante porcion de nuestra obra ha permanecido sin respuesta, y que el conjunto de esta historia con

la masa de hechos que presenta, deben parecer suficientemente bien establecidos para grangearse los votos del lector. Esta sola consideracion nos consolaria bastante de las sofisterías de algunos hombres tenaces, los cuales, no conociendo nada mas importante para ellos que las preocupaciones de que se hallan plagados, quisieran concentrar toda la historia de la Iglesia en el elogio de su causa y apologia de sus defensores.